

# La situación actual de las humanidades

(LASA, San Francisco, 24 de mayo del 2025)

Carlos Peña

carlos.pena@udp.cl

1. Forma parte de la misma índole de las humanidades tener cada cierto tiempo que justificar su existencia y su cultivo, tanto en la esfera pública como al interior de las universidades. La situación que hoy ellas experimentan es particularmente grave; aunque no es muy distinta a la que han debido enfrentar en otras épocas, bastaría citar el debate entre T H Huxley y Matthew Arnold a fines del XIX y más tarde el debate desatado por CP Snow en su famosa conferencia sobre las dos culturas. De manera que la situación presente -cuando las humanidades están amenazadas por el autoritarismo y la incompreensión acerca de su papel- si bien es una amenaza para las humanidades, es también una ocasión para que reafirmen su propia identidad y reclamen el lugar que les corresponde en el ámbito de la cultura.

2. Para hacerlo es imprescindible que recordemos lo que las caracteriza, el hilo que unifica y vincula a quienes descifraban textos en Pérgamo, a Lorenzo Valla y Petrarca que recuperaban el saber de un Cicerón o un Quintiliano, y a un crítico literario dedicado hoy a Derrida o a los estudios culturales ¿qué tienen en común esos quehaceres en apariencia indisciplinados y diversos? Lo que tienen en común la historia, la lingüística, la literatura, el arte, la música, es que todos ellos están empeñados en descifrar los significados que subyacen a la creación humana, en indagar y explorar las mallas de significado, develar el misterio del lenguaje que nos configura hasta alcanzar incluso a nuestro propio cuerpo. Y al hacerlo muestran que el mundo es contingente y de esa manera señalan los intersticios por donde se insinúa la posibilidad de un mundo distinto al que hoy día poseemos. Las humanidades muestran lo que Heidegger llamó la diferencia ontológica: el mundo en derredor es solo una de las muchas formas posibles de concebirlo y de concebirnos. En esa tarea las humanidades poseen un gigantesco potencial crítico, desde luego, pero también político porque rehúsan, con muy buenas razones, a creer que el mundo que tenemos es definitivo y nos recuerdan una y otra vez que la condición humana consiste en interpretarse a sí misma y por esa vía en inventarse.

3. Lo anterior es lo que hace imprescindibles a las humanidades en la universidad contemporánea. La universidad es la única institución de la sociedad moderna que hace de la reflexión su quehacer más propio, sin ellas la sobreabundancia de información en vez de servirnos nos desorientaría y los avances tecnológicos en vez de proveernos bienestar podrían acabar sometiéndonos, o lo que es peor, y como hoy día está ocurriendo, acabarían erigiendo al técnico en el profeta de nuestro tiempo. Kant a quien debemos buena parte de la autoconciencia de la sociedad moderna, lo dijo inmejorablemente cuando observó en *El Conflicto de las facultades*, que lo propio de la universidad consistía en atesorar y divulgar el saber de su tiempo; pero a la vez, discutir que ese saber sea posible, discutir sus condiciones de posibilidad. Heidegger, en qué significa pensar, observa por su parte, que “la ciencia no piensa”, con lo cual quiere decir que es

ignorante acerca de las condiciones que la hacen posible. Minimizar a las humanidades, arrinconarlas o lo que sería peor, empujarlas fuera de la universidad dejaría a esta última cercenada en una de sus tareas fundamentales y a la sociedad sin la capacidad de desarrollar la capacidad reflexiva acerca de sí misma.

4. Pero incluso más allá de eso, las humanidades no solo configuran al quehacer más propio de las universidades, sino que hacen posible el ámbito de lo público, ese ámbito donde se plantea y se intenta, una y otra vez, responder la pregunta que Platón puso en la República diciendo que era la más importante de todas ¿cómo es que debemos vivir? Si la condición humana no fuera contingente, si no supiéramos o no se nos recordara, que la vida humana se sostiene a sí misma tejiendo significados, entonces ninguna deliberación acerca de la vida en común tendría sentido, y la política quedaría reducida a un *policy making* que no sería capaz de orientarse a sí mismo. Heidegger profetizó en uno de sus textos que cuando la técnica lo invadiera todo, y las masas se reunieran en asambleas populares y el “boxeador rigiera como el gran hombre de la nación” (¿acaso no es ese nuestro mundo?) entonces “justamente entonces cruzarían todo ese aquelarre como fantasmas las preguntas ¿para qué? ¿hacia dónde? ¿y después qué?”.

5. Si el poder político -o el boxeador como diría Heidegger, pero todos sabemos quién es hoy ese boxeador- amenaza a las humanidades, no son estas últimas las que están en peligro, sino la universidad y la democracia porque ambas descansan en la posibilidad de que el mundo que tenemos ante los ojos y los significados que lo sostienen son contingentes y que el diálogo y la razón que las humanidades ejercitan muestran que, justo porque son contingentes, podrían ser distintos. Ese es el valor de las humanidades y esa la fuente del temor que causan en la técnica y en el poder.

5. Sin embargo debemos reconocer que las amenazas a las humanidades también provienen de sí mismas. A menudo olvidamos que las humanidades se sostienen en las habilidades de la lecto escritura y que ellas se aprenden leyendo los clásicos, en la confianza que ellos tienen algo que decirnos y que no son simples pre textos para interpretarlos; que el individuo no es solo los procesos de subjetivación, puesto que si así fuera no existiría ningún lugar desde el que pudiéramos elaborar la crítica; y que la razón no es un relato más entre otros, sino el instrumento que, radicalizado, nos permite descubrir la contingencia del mundo. Aristóteles enseña que las virtudes más grandes, como la justicia, se erigen sobre otras más pequeñas como la cortesía. Lo mismo habría que decir de las humanidades: ellas solo pueden realizar su indispensable papel crítico y desmitificador si primero recuerdan que hay un hilo invisible que las une con todos aquellos, como Valla, Petrarca o los filólogos de Alejandría o los críticos de hoy, que desde antiguo se han empeñado en dilucidar el misterio del lenguaje confiados en que él tiene algo que decirnos y que, si no nos empeñamos en el propósito de descifrarlos, la realidad en torno acabará enmudeciendo.